

Cambó y Alfonso XIII

Por Carlos SECO SERRANO
(De la Real Academia de la Historia)

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ

del
Domingo
del 17-10-11

8/11/11



El señor Cambó y el duque de Maura, una vez finalizada la reunión en la que acordaron constituir el Directorio del nuevo partido Centro Constituyente, fusionándose las fuerzas políticas de ambos.

lo contrario. Pretendía la potenciación de España «desde Cataluña»; esto es, una *catalanización de España*, tan legítima como en otro tiempo pudo serlo su «castellanización» efectiva y que en los albores del siglo tenía el carácter de un modelo *regeneracionista*, propuesto desde la plataforma burguesa más fuerte de la Península; un modelo de nivel europeo que pasaba por una descentralización autonómica imprescindible.

Junto a la aspiración de una Cataluña libre potenciando un nuevo renacimiento de España, hay otra dimensión constante en Cambó que completa su atractivo: el rechazo de la desmesura, la búsqueda de la «concordia» —«*Per la Concordia*» se titulará uno de sus libros más conocidos— frente al «canibalismo político»; el empeño puesto en superar mediante una síntesis constructiva los desniveles de crisis. Lo catalán como fermen-

to de una nueva forma de españolidad y el pactismo contrapuesto a la alternativa rupturista resumen el *seny* de que puede ser magno ejemplo Francisco Cambó.

LA «RAUXA», REVERSO DEL «SENY»

Si éstos son los grandes valores que el líder de la Lliga aporta al panorama político español tras el 98, se entiende bien que su reverso negativo brote allí donde se produce la quiebra o la contradicción con cuanto se cifra en ellos. Por ejemplo, cuando la afirmación *clasista* olvida la «síntesis social» requerida por la contraposición entre los dos ciclos revolucionarios de la época contemporánea —el ciclo liberal, de base burguesa, y el ciclo socialista, de base proletaria—. Por ejemplo, también, cuando la *afirmación catalana* olvida su supeditación a la *afirmación española*, invirtiendo los tér-

minos. En uno y otro caso, la «rauxa» —exaltación— ahoga al «seny» —sensatez—. Y surge en nosotros la duda acerca de cuál sea la realidad última de Cambó. Queda en pie, en todo caso, el fenómeno de sus *tilias* y sus *fobias*, definidas siempre en torno al doble tema: la comprensión mayor o menor para una *revolución constructiva*, la *significación para Cataluña* —antes que para España— del antagonista posible.

En una página muy reveladora de este libro, Cambó nos refiere, casi ingenuamente, que, si en los comienzos de su carrera política le pasó por las mentes la tentación de apelar al obrerismo para convertirlo en fomento del programa catalanista, no se dejó, desde luego, llevar por ella. «Yo tenía —escribe— todas las cualidades para ser un líder obrerista, menos una capital: mi repugnancia absoluta por la demagogia, y pronto me convencí de que, si no transigía con la demagogia, no podría reunir más que una selección de obreros de escasa influencia, pero que nunca tendría conmigo la masa obrera, ni siquiera la catalana, aparte de algunos núcleos de obreros selectos.» Esta confesión es sumamente clarificadora; implica una pregunta obligada: en la situación social de comienzos de siglo, una política abierta a las reivindicaciones obreras, ¿sólo podía ser demagogia?

Así, la actitud de Cambó en la tensa coyuntura abierta por la crisis económico-social de la postguerra europea transparente con demasiada nitidez un áspero lastre burgués que traiciona lo mejor de su «mensaje» proclamado —la búsqueda de la concordia interclasista—. En el fondo, la animosidad de Cambó contra Dato no se basa sólo en la absoluta identificación de éste con el edificio político canovista —esto es, con la «mecánica» del Pacto de El Pardo—, sino también en su *reformismo social* (ahora sabemos que Cambó fue uno de los organizadores más eficaces de las *xialades* que la

LA publicación de sus Memorias ha vuelto a poner de actualidad la figura de uno de los más notables políticos españoles de nuestro siglo: Francisco Cambó. Desde luego, el que haya leído previamente el magno estudio que al «líder» de la Lliga consagró Jesús Pabón —desplegando en torno a él un friso espléndido de la España contemporánea— no hallará nada nuevo en las *Memories*. Pabón utilizó a fondo el manuscrito que ahora se edita; pero además dispuso, junto a él, de un amplísimo arsenal documental y bibliográfico. Contó, por encima de todo, con la necesaria perspectiva que da no sólo el alejamiento en el tiempo, sino el propio talento del historiador, que en el caso de Pabón se acrecia con envidiables dotes de intuición psicológica. Las Memorias hubieran quedado muy bien como apéndice a los tres tomos de Pabón; el que las lea seguirá precisando acudir a las páginas del historiador sevillano para aclarar, para matizar o *relativizar* las del prócer catalán. No creo que éstas mejoren la imagen del político; pero si ayudarán a penetrar más profundamente en el hombre, que, como suele ocurrir en los ensayos autobiográficos, se nos descubre, contra su voluntad, no sólo por lo que dice, sino por cómo lo dice y, sobre todo, *por lo que calla*.

Nunca he recatado mi admiración hacia la figura y la obra de Cambó, y más concretamente hacia su catalanismo españolista. La defensa que en las Cortes, escasamente comprensivas para cuanto él encarnaba, hizo Cambó de una afirmación catalana, que era en esencia y en su sentido auténtico una afirmación española, me ha parecido siempre argumento decisivo contra aquellos cortos de vista que se empeñan en confundir lo español con lo castellano, sin comprender que su pertinencia en el equívoco resulta el más eficaz estímulo de los separatismos. No era separatismo lo que Cambó preconizaba, sino todo

clase patronal le organizó a don Eduardo, ministro de la Gobernación y autor de la Ley de Accidentes del Trabajo —que indignó a aquélla—, cuando visitó Cataluña en 1900). Hay en estas *Memories* una página que yo hubiera preferido no ver escrita. El asesinato de Dato (1921) no merece de Cambó más que este irónico comentario: «El 8 de marzo era asesinado Eduardo Dato, el hombre que se creía con más derecho al amor de la clase obrera por haber sido él quien, en España, inició la legislación social. Los sindicalistas no le perdonaron el nombramiento de Martínez Anido (como gobernador de Barcelona).» Pese a su frialdad mordaz, el texto podría «pasar» si no conociéramos algo de lo que Cambó —claro es— no nos dice nada: esto es, su propia directa responsabilidad en la designación del General, el «hombre duro», en cuya actuación frente al sindicalismo cenetista se cifraban los ideales de «pacificación social» de la patronal catalana. (Unas Memorias mucho más ingenuas que las de Cambó, las de la princesa Piedad de Hohenzollern, nos han informado puntualmente sobre el caso.)

El otro matiz «contradictorio» en la significación política de Cambó se refiere precisamente a su visión del regionalismo. Antes hemos advertido que lo que confiere grandeza a las campañas autonomistas de la Lliga es su concepto de *lo catalán* como fermento de un esperanzador proyecto de España: aquello que se sintetizó en la frase: «*Catalunya lliure dins l'Espanya gran*». Pero el reverso de esa actitud viene dado cuando se produce la supeditación de los intereses de la «patria grande» a los de la «patria chica». Y, por desgracia, el hecho se repite a lo largo de la trayectoria política de Cambó. Se hizo evidente en una frase oratoria que en su tiempo dio lugar al escándalo y que ahora —ante determinadas reflexiones plasmadas en las Memorias— sólo podemos enjuiciar de forma muy negativa para el líder de la Lliga. Empecemos por las reflexiones: «Yo —escribe en la coyuntura trascendental de abril de 1931— nunca había sentido por la Monarquía una adhesión sentimental... [Pero]... en el cambio de régimen yo no veía más que la

posibilidad, casi la seguridad, de que España entrase en un periodo caótico.» Y sin embargo, cuando las campañas por la autonomía habían tocado límites difíciles de salvar, en el Parlamento y en la opinión española —allá por 1918—, Cambó no dudó en pronunciar la frase a que antes aludía: «¿Monarquía? ¿República? ¡Cataluña!» Frase que no hubiera resultado censurable en los labios de Macià, por ejemplo; pero que en los de Cambó desconcierta, pues —habida cuenta de sus convicciones en lo fundamental: la creencia de que la República supondría, para España, el hundimiento en el caos— significaba lo mismo que comprometer la suerte de

gonazo del 98 —lo que Canalejas había descrito, a comienzos de siglo, como la «necesidad de nacionalizar la Monarquía», esto es, de «lograr que fuera de la Monarquía no quede ninguna energía útil». Su «apertura» a un deseado posibilismo de la izquierda no monárquica chocó con la única alternativa posible según Maura —la que él encarnaba, y junto a Maura formó siempre Cambó—. Fue el caso de 1909, de 1913. El españolismo ardiente del Rey no podía avenirse, de otra parte, con equívocos como el formulado por Cambó en la frase lapidaria a que antes aludimos. (Esa frase fue replicada por Don Alfonso, andando el tiempo, con otra mucho más generosa:



Cambó pretendía la potenciación de España «desde Cataluña»; esto es, una catalanización de España. En la fotografía, Cambó vota en las elecciones de diputados al Parlamento catalán.

la «Espanya gran» para salvar, sobre su sacrificio, las aspiraciones particularistas de Cataluña. Ni más ni menos. Una frase ciertamente demagógica en labios de quien decía profesar «repugnancia absoluta por la demagogia».

ALFONSO XIII Y CAMBÓ

En los dos casos —la escasa comprensión de Cambó para la problemática social, y su «inversión de valoraciones» por lo que toca a catalanismo y españolismo (aun tratando de adecuar el fermento catalanista a una gran política española)— tenía que producirse el choque con el empeño puesto por Alfonso XIII, a lo largo del tercio de siglo que duró su gestión personal desde el trono, en abrir el sistema de la Restauración a las nuevas realidades sociales y políticas afloradas, como problemas insoslayables, en el horizonte de la «España oficial» y alumbradas por el fo-

«¿Monarquía? ¿República? ¡España!»

Conviene advertir algo que los hechos hacen indiscutible: Alfonso XIII fue siempre un admirador y un entusiasta de Cambó. Se esforzó además por comprenderle, aunque —nos apresuramos a consignarlo— nunca le comprendió del todo. Pero intuía en él la gran reserva política conservadora con que contaba el país: lo demostró en 1918, en 1922, en 1930. Cambó no le correspondió nunca en idénticos términos. En alguna ocasión interpretó como agravio lo que era una máxima prueba de estima por parte del Monarca. En sus *Memories* no le hace justicia más que cuando afirma, con intuición indudable: «El Rey era un ser profundamente desgraciado...»

Tres momentos políticos, a lo largo de las *Memories*, ilustran nitidamente este poco afortunado encuentro del Rey con el ministro: 1909, 1919 y 1922.

LA CRISIS DE 1909

Como es bien sabido, la crisis parlamentaria de 1909 fue, pura y simplemente, la crisis del Pacto de El Pardo. Dejo a un lado la rectitud y la alteza de miras de Maura. La cuestión no es ésa. Para entender el problema precisa que nos remontemos a una crisis anterior: la de 1905. En tal fecha, los círculos castrenses, soliviantados por determinadas estridencias de la Pransa catalanista —reciente como estaba la secesión cubana—, exigieron y lograron una ley —Ley de Jurisdicciones— que reservaba a Tribunales militares —bajo el Código de Justicia Militar— los delitos «contra el Ejército y contra la Patria». Semejante disposición resultaba muy dudosamente democrática e implicaba un retroceso peligroso del «civilismo» que Cánovas se había esforzado en llevar a la vida pública. De aquí que suscitara, como réplica, una agrupación de fuerzas políticas que en Cataluña cristalizó a través de la llamada «Solidaridad Catalana» —Incluyendo a amplio abanico ideológico, desde el carlismo al republicanismo de Salmerón, aunque su bisagra fuese la Lliga Regionalista, y su artífice, Francisco Cambó—. Dos objetivos esenciales servían de aglutinante: la abolición de la Ley de Jurisdicciones y la descentralización del Estado. La *Solidaridad* catapultó a Cambó al Parlamento maurista de 1907. Allí, dejando a un lado el primero de los dos objetivos «solidarios», Cambó se esforzó en abrir camino a sus aspiraciones regionalistas, buscando un entendimiento con Maura a través de la Ley de Bases de Régimen Local, que éste había llevado a las Cortes. A lo largo del bienio 1907-1909, las izquierdas vinculadas a la *Solidaridad* Catalana empezaron a sentirse defraudadas, y fue creciendo en Madrid un germen de inquietud por parte de los sectores liberales, alarmados por determinados aspectos de la Ley de Bases e incluso por el «frente común» Maura-Cambó. Se comprende que, en torno a la enorme perturbación provocada en julio de 1909 por la Semana Trágica, se produjese, a un mismo tiempo, la ruptura de la *Solidaridad* en Barcelona y el fracaso de la política de Maura en Madrid. Para liquidar el



Ante la primera «embestida» de las izquierdas dinásticas y antidinásticas, don Antonio Maura acudió a Palacio, y S. M. el Rey Don Alfonso XIII le ratificó su confianza.

desbordamiento anárquico y brutal de la revolución catalana se aplicó, pura y simplemente —sin paliativo alguno— la famosa Ley de Jurisdicciones y sobrevino el fusilamiento de Ferrer-Guardia, entre otros. La indignación provocada en las izquierdas europeas por el «fantasma inquisitorial de España» halló eco en la conjunción republicano-socialista dentro del país. Y a esa conjunción se sumó, durante el debate abierto en el Parlamento en octubre, la «oposición monárquica», encabezada por Moret.

Ante la primera «embestida» de las izquierdas dinásticas y antidinásticas, Maura acudió a Palacio: y el Rey le ratificó su confianza. La ofensiva de la izquierda se reprodujo, veinticuatro horas más tarde, en términos durísimos: Moret hizo llegar un ultimátum al presidente del Gobierno; le negaba todo género de colaboración parlamentaria, retirando a su minoría de la comisión que debía votar los créditos imprescindibles para la acción militar en Melilla. Si quería seguir gobernando, Maura tendría que hacerlo como un auténtico dictador. El Gobierno vaciló. (Sabemos que hubo «desde dentro» —caso de Besada— una fuerte presión para que *abandonase*. De acuerdo con este criterio, Maura acudió de nuevo a plantear la «cuestión de confianza» al Rey. Y el Rey

—esta vez— se «adelantó» a aceptar su dimisión).

Esta famosa crisis es uno de los grandes motivos del anti-alfonsismo de Cambó. Nos refiera en sus *Memories* que el Rey le llamó y sostuvo con él una larga plática; durante ella, don Alfonso acusó a Maura de que éste «le había abandonado». Andando el tiempo, Cambó supo, de labios del propio Maura, que en realidad, el monarca, antes de escuchar a don Antonio (en su *segundo* recurso a Palacio) se dio por enterado, aceptando su sacrificio. ¿Quién abandonó a quién? Según Maura —que no le perdonó nunca— fue don Alfonso quien «le dimitió». Pero entonces, ¿por qué había acudido a Palacio con la dimisión en el bolsillo? Y si llevaba esa renuncia al Rey, veinticuatro horas después de haber obtenido la ratificación de la confianza regia, ¿no se trataba de un *abandono* por su parte: no era aquello lo mismo que «tirar la esponja»?

Al resentimiento de Maura —coreado por Cambó, que entendió que el Rey le había falseado los hechos en cuanto oyó la versión de don Antonio— vino a sumarse otra curiosa confidencia de la que, andando los años, en plena Dictadura, hizo Maura partícipe al político catalán, Don Segismundo Moret, en su lecho de muerte, había llamado a don Antonio a su cabecera

para referirle que en octubre de 1909 él no había planteado la «ruptura de la normalidad parlamentaria», según los términos del mensaje que le hizo acudir por segunda vez a Palacio. La «traición» había llegado en este caso via Dato, que era presidente de las Cortes, y como tal transmitió la conminación de Moret. Maura tomó al pie de la letra la confesión de Moret (¿fruto del estado físico y mental de un moribundo? ¿Expresión de un peso de conciencia que había llevado sobre sí durante cuatro años?). Y sin embargo, cabía una objeción clarísima. La crisis de 1909, que provocó la *implacable hostilidad de Maura*, había sido luego, al correr del tiempo, objeto de toda clase de juicios, de críticas, de debates dentro y fuera del parlamento. Mil veces tuvo ocasión Moret de «aclarar las cosas», si es que había que aclarar algo. ¿Por qué no lo hizo? Añadiré un argumento irrefutable. En los diarios manuscritos de Natalio Rivas, confidente cotidiano y fidelísimo de Moret, se repite una y otra vez —en 1910, en 1911, en 1912— la intransigencia antimaurista de este último; su clara conciencia de haber roto la mínima solidaridad requerida por el Pacto del Pardo entre Gobierno y Oposición; su voluntad de no volver a alternar nunca en el poder con el jefe conservador. Jamás se trasluce

allí nada que pueda abonar la versión casi póstuma del Moret agónico. Y sin embargo, Cambó no cedió en hacerse eco del agravio, mal cimentado, de Maura. Y dobló, con él, su mala voluntad hacia el Rey. (Las *Memories* no dicen nada de la crisis de 1913, que vino a quitar a Maura la razón que pudo tener en 1909. Incluso sospecho que en sus recuerdos, Cambó ha fundido dos crisis: la de 1909 y la de 1913.)

DOS OCASIONES PERDIDAS: 1919, 1922

También falta —y es muy de lamentar— en este libro una explicación completa de la famosa crisis de 1917, en parte obra de Cambó —en la que Maura no le acompañaría—: me refiero a la convocatoria, sediciosa, de una «*asamblea de parlamentarios*», con designios «constituyentes», en Barcelona. Sabemos, por Joaquín M.^a Nadal, que el Rey intentó desviar de sus propósitos al político catalán, sugiriéndole la posibilidad de un gobierno de coalición que reservaría carteras a la Lliga. Cambó no se dio por satisfecho; sobrevino la asamblea subversiva, y el rebasamiento de aquella peligrosa situación por una huelga revolucionaria —a cargo de socialistas, sindicalistas y republicanos—, a la que hubo de hacer frente, con

Historia

energía y éxito, Eduardo Dato. Pero la solución final de la crisis vino con un gobierno de coalición, tal como el Rey lo propusiera a tiempo. Cambó aceptó entonces dos carteras para su partido; y dejó en la estacada a Melquiades Álvarez, que le había acompañado en la aventura de la asamblea de parlamentarios, comprometiéndose con él a no aceptar como salida otra solución que no fuera una convocatoria de Cortes Constituyentes.

• • •

A raíz del final de la Guerra Mundial —que se produjo poco después de liquidado el Gobierno Nacional en el que Cambó había ocupado el Departamento de Hacienda, con extraordinario éxito en su gestión—, el político catalanista se lanzó —era la época del estallido de los nacionalismos en Centro-Europa, atizados por Wilson y Clemenceau—, a su campaña por la «autonomía integral». Alfonso XIII le brindó su comprensión y su apoyo. Sabemos cómo se desvirtuaron las cosas: a la Comisión extraparlamentaria que el propio conde de Romanones propició, para abrir paso a la «descentralización administrativa» en favor de Cataluña, replicó el catalanismo intransigente de la Esquerra, empeñado en sacar adelante el proyecto de estatuto autonómico a través de un proyecto elaborado «in situ», al margen de las Cortes, que deberían limitarse a decir que sí tras un referéndum unilateral en Cataluña. No era lo propuesto, o lo pactado; pero tampoco fueron el Rey, ni el Gobierno, quienes dieron en el suelo con el Estatuto. Se interpuso la famosa «huelga de La Canadiense»: la revolución social ahogó la agitación nacionalista. Entonces, ¿por qué Cambó se sintió burlado o abandonado por el Rey? ¿Había sido don Alfonso el gestor de la huelga?

Fue poco antes cuando Alcalá Zamora apostrofó a Cambó en las Cortes de esta manera: «Cabe que vacile entre ser el Bolívar de Cataluña o el Bismarck de España, pero es imposible que quiera ser las dos cosas al mismo tiempo». Por una vez, la retórica de don Niceto dio en plena diana; y lo reconocería el propio Cambó: ese «gran discurso —escribe— en el fondo encerraba una gran



El ex presidente del Consejo de Ministros don Antonio Maura abandona el Palacio Real, una vez presentada su dimisión a Don Alfonso, en la histórica crisis de 1913.

verdad». Nunca se haría más nítida la disyuntiva que en la ocasión única de 1922. La marcha política del país, tras la doble catástrofe de 1921 (asesinato de Dato, en marzo; desastre marroquí de Annual, en julio) ofrecía cada vez mayores dificultades dentro de unos cauces normales, según la ortodoxia canovista: la Dictadura se percibía ya en el horizonte. Sólo quedaba el recurso a los «bloques»: el bloque de derechas —encarnado desde 1909 por la fuerte burguesía vinculada a la Lliga y por la corriente, a veces tumultuosa, del maurismo—; el bloque de la izquierda —cuya articulación se operaba en aquellas fechas, bajo el impulso de Santiago Alba y de Melquiades Álvarez—. Las dos soluciones fueron intentadas, una tras otra, por el Rey; el desmoronamiento de la segunda abrió el camino al golpe de Estado. Pero el bloque de derechas, la solución más adecuada para paliar las crispaciones provocadas por el famoso «expediente Picasso», ni siquiera se pudo poner en pie. Don Alfonso pensó en un Gobierno Maura-Cambó, respaldado con todas las ventajas posibles; se superpuso el desánimo —la decadencia— de don Antonio, expresado en su frase: «Es demasiado tarde para mí». Y meses después, ya tambaleante en el poder Sánchez Guerra, el Rey apeló a Cam-

bó: ¿podía el líder de un partido de ámbito regional convertirse en el gran valedor de un ambicioso programa político de amplitud nacional? ¿Cabría que Bismarck desplazase a Bolívar? Quizá el planteamiento del Rey —sus palabras— fueran inadecuadas o torpes; las guió, en todo caso, la mejor voluntad. «Dijo —refiere Cambó— que él no tenía verdadera confianza más que en mí, porque Maura ya estaba viejo y decadente, y que creía que yo era el único hombre que podía salvar al país. El estaba dispuesto a darme el poder total, para que gobernase con Cortes, o sin Cortes cuando éstas me esorbiesen..., a jugar su suerte con la mía, pero con una sola condición: que yo había de dejar de ser el líder de las aspiraciones catalanas, que yo había de domiciliar en Madrid y no sentirme más que español, porque toda solidaridad mía con Cataluña me creaba hostilidad en el resto de España, que hacía imposible que yo pudiera imponerme a pesar del soporte incondicional del Rey. Y entonces, cogiéndome las manos, vino a decirme: ¿Por qué se ha de sacrificar usted y nos ha de sacrificar a todos por Cataluña, si de Cataluña no recibe usted más que agravios y no se le tiene allí la consideración que usted merece?» («El error de don Alfonso —comenta Pabón—

nos parece muy claro. No entendía el catalanismo de Cambó. El catalanismo político —el de Cambó concretamente— contenía una visión total de España, merced a la cual se aspiraba a gobernarla y a regirla y, sin la cual, la política de Cambó perdía su razón de ser». El comentario es exacto; pero la oferta del Rey partía de una realidad, la subrayada en la disyuntiva que bosquejó Alcalá Zamora —Bolívar o Bismarck— y que el propio Cambó reconoció que «encerraba una gran verdad». En cualquier caso, Cambó consideró una ofensa la proposición de don Alfonso; y el despecho le llevó aquella misma tarde, en el Parlamento, a echar leña en el fuego encendido en torno al debate sobre el expediente Picasso. Pero —confiesa, muy significativamente—: «no tardaron en surgir en mi espíritu las dudas de si había obrado bien o mal...»

LA FRUSTRACION DE 1930

La caída de la Dictadura volvió a abrir una ocasión decisiva. Cuando Berenguer formó su Gobierno quiso contar —por consejo del Rey— con Cambó, como auténtico «timonel» de la transición a la democracia. Pero el político catalán se vio precisado a renunciar: en su viaje desde París a España, urgido por los acontecimientos, se le declararon los síntomas de una enfermedad que, apenas llegado a Barcelona, le sería diagnosticada como cáncer de garganta. La hora crucial pasó estérilmente, en una jugada cruel del destino. Pero no era esta «la gran ocasión»: la «gran ocasión» se había presentado ocho años antes: en 1922. Recordemos que la Dictadura sobrevino en 1923; que ella incubó, a la larga, el hundimiento del Régimen, y que la República fue un plano inclinado a la guerra civil y la revolución. Cabe pensar que la llamada del Rey en 1922 —la llamada desoída para que prevaleciese Bismarck sobre Bolívar— abrió una interrogante y situó a Cambó en una alternativa que no supo resolver de acuerdo con lo que la Historia le exigía. En 1931 se hundió el trono. Y el nuevo régimen se inauguró en Barcelona a los gritos de «Visca Macià! Mori en Cambó!».

La Historia no perdona

Carlos SECO SERRANO